

fuerte roca, por bravas y horribles que sean, se han de quebrar y deshacer, quedando ella siempre firme y entera. ¿Cuántas persecuciones ha padecido hasta ahora la Iglesia católica, de judíos, de gentiles, de moros, de emperadores romanos, de reyes bárbaros, de godos, vándalos, hunos, longobardos, de herejes novacianos, arrianos, donatistas, eutiquianos, iconoclastas, alligenses, husitas, calvinistas y de otras innumerables sectas de perdición? Son tantas, que no se pueden contar, y tan extrañas, que apenas se pueden creer. Todas las ha vencido la verdad, de todas ha triunfado la Iglesia, y regada con la sangre de sus fuertes defensores, siempre ha crecido; porque cuantos más dellos morían, más nacían y se multiplicaban para su defensa. Sería nunca acabar si quisiésemos explicar estas victorias y triunfos de la Iglesia católica como conviene, y declarar por menudo la impiedad y crudeza de los tiranos, la terribilidad de los tormentos, la paciencia y constancia admirable de los mártires, y el fin glorioso que tuvieron, y la victoria y paz que con estas tan continuas y sangrientas guerras alcanzó siempre la fe católica, por virtud y gracia de Cristo, nuestro redentor. Solamente quiero referir lo que de una destas persecuciones escribe Severo Sulpicio, el cual, hablando de la persecución de Diocleciano y Maximiano, que fué terribleísima, dice estas palabras (1):

«En este tiempo casi todo el mundo fué regado con la sagrada sangre de los mártires, porque á porfía corrian todos á estos gloriosos combates, y con mayor estudio se buscaba entónces el martirio por medio de la muerte gloriosa, que agora con reprehensible ambición se apetece y negocian los obispos. Con ningunas guerras jamas el mundo quedó tan vacío de gente, ni jamas vencimos con mayor triunfo, como cuando con las ruinas y estragos de diez años no podíamos ser vencidos.» Y así dijo gravemente Tertuliano (2), hablando con los gentiles: *Plures efficitur, quoties metimur à vobis, semen est sanguis christianorum.* Y san Jerónimo (3): *Persecutionibus Ecclesia crevit, martiris coronata est.* Y Prudencio á este mismo propósito dijo: *Nec furor quisque sine laude nostrum cessit, aut clari vacuus cruroris martirum semper numerus, sub omni grandine crescit.* De manera que, como escribe san Agustín (4), los mismos príncipes deste siglo, que solían perseguir á los cristianos por amor de sus falsos dioses, vencidos ya y rendidos á los mismos cristianos, que no les resistían, sino morían, volvieron la hoja, y hicieron leyes y emplearon su poder contra los ídolos por los cuales ántes mataban á los cristianos, y la cumbre altísima del imperio romano, quitando de su cabeza la imperial diadema, se humilló y postró delante del sepulcro de Pedro pescador. Pues ¿qué diré de los herejes,

(1) Lib. II *Sacræ Historia.*

(2) *In Apolog.*

(3) Hiero., *Epis. ad Teofil. adversus errores*; Joan. Hierosolim., *hlm. IV, in Cæsa martires.*

(4) *Epist. XXIV.*

que con igual crueldad y mayor peligro han perseguido la Iglesia? Han sido siempre tan ilustres las victorias que Dios ha dado á la Iglesia católica contra los herejes, sus enemigos, que aunque no hubiese otro testimonio para conocer que ella sola es la legítima esposa y querida del Señor, y que todas las otras religiones son falsas sectas y ramerías y mancebas de Satanás, este solo argumento bastaría para evidencia desta verdad. Y por no alargarme, sola la herejía de Arrio es suficientísima prueba de ser la Iglesia católica invencible y inexpugnable; porque lo que enseñaba, era que el Hijo de Dios no era consustancial al Padre, que es decir que no era igual al Padre ni verdadero Dios, sino criatura; con lo cual derribaba el fundamento de toda la religion cristiana. Los que enseñaban esta falsedad eran muchos filósofos y hombres letrados y de sutil y agudo ingenio; entre ellos, muchos obispos y pastores y maestros de los demas; los que la defendían eran los emperadores y príncipes y señores del mundo, y defendíanla con toda la braveza y fiereza que se puede imaginar, persiguiendo, atormentando y con muertes exquisitas acabando y consumiendo á todos los católicos que podían, á los sacerdotes y prelados y doctores de la Iglesia católica, sin perdonar á hombre ni mujer, á viejo ni á niño, á pobre ni á rico, á doncella ni á casada. Las provincias que inficionó, y en las cuales se extendió, fueron muchas, en Oriente y Poniente, al Septentrion y al Mediodía. El tiempo que duró aquella pestilencia fué muy largo, pero al fin tuvo fin y se acabó, quedando la verdad vencedora, y la santa Iglesia triunfando de sus enemigos, á los cuales el Señor castigó de tal manera, que Arrio, inventor y maestro de aquella blasfemia, murió repentinamente, echando las entrañas, y Constancio y Valante, emperadores, y Teodorico, rey de los ostrogodos en Italia, y Hunerico, rey de los vándalos en Africa (que fueron los más señalados tiranos que la defendieron y con mayor saña y furor persiguieron á los católicos), tuvieron desdichados y tristes fines. Por esto el glorioso padre san Agustín, declarando aquellas palabras del salmo LVII: «Ellos se aniquilarán y pasarán, como el agua que corre»; dice: «Hermanos míos, no os espanten las aguas de los arroyos, porque, aunque á tiempo corren y hacen ruido, presto se acaban y no pueden durar mucho. Muchas herejías son muertas; corrieron por sus arroyos cuanto pudieron; corrieron y secáronse los arroyos, y agora apenas se halla la memoria dellas y se sabe que haya sido.» Y en otro lugar (5): «Ésta es la Iglesia santa, Iglesia una, Iglesia verdadera, Iglesia católica, que pelea contra todas las herejías; bien puede pelear, pero jamas podrá ser vencida. Todas las herejías han salido della, como sarmientos inútiles, cortados de la vid, y ella siempre queda firme en su raíz, porque las puertas del infierno no la podrán vencer.» Esto hará el Señor

(5) Lib. I, *De simbol.*, cap. 7.

CAPÍTULO XXXII.

Por qué Dios permite esta tan grande persecucion contra los católicos en Inglaterra.

Para conclusion de lo que á esta historia del cisma del reino de Inglaterra habemos añadido, nos resta declarar lo que se nos ofrece acerca desta tan extraña persecucion que el Señor, con su inefable y secreta providencia, permite en aquel reino; porque temo que la gente comun y popular, y áun algunos hombres prudentes de la prudencia deste siglo, mirando con los ojos de carne lo que agora pasa en Inglaterra, y el poder que Dios da á sus enemigos, y la tiranía con que ellos usan dél, quizá se escandalizarán y dirán que Dios desampara su causa, y que no vuelve por su honra y por la de sus fieles siervos, ó á lo ménos que podrán con razon preguntar qué sea la causa desto. A esta duda y pregunta quiero yo responder aquí, y satisfacer, con el favor del Señor, á los que desta obra tan suya se maravillan. Y porque en el libro (1) que estos años escribimos de la *Tribulacion* tratamos copiosamente desta materia, y declaramos por qué Dios permite las herejías y que los herejes ó infieles prevalezcan algunas veces contra los católicos y fieles, y desenvolvemos otras dudas tocantes á esto, remitiendo el lector á aquel lugar, sólo hablaremos en éste de la persecucion particular de Inglaterra.

Digo, pues, que á mi pobre y flaco juicio, en esta tormenta tan espantosa que padecen los católicos de Inglaterra resplandece sobremanera el poder y la misericordia de Dios, que es el patron y piloto desta barca de su Iglesia, y el que la rige con el gobernalle de su paternal providencia, y por tan terribles tempestades la hace llegar al seguro y deseado puerto de la bienaventurada eternidad. Porque, como él en todas sus obras pretende su gloria y nuestro provecho, estas dos cosas juntas se hallan más aventajadamente en esta persecucion de Inglaterra que en ninguna prosperidad se pudieran hallar. Porque ¿qué mayor servicio puede hacer el hombre á Dios que dar la vida por él? Y ¿qué cosa más honrosa y más provechosa puede haber para el mismo hombre, que morir por aquel Señor que murió por él? En las batallas y victorias de los santos mártires, la gloria de Dios y la utilidad de los mismos mártires están tan asidas y trabadas, que á la medida que crece la una, crece la otra, y de la mayor honra del Señor se sigue mayor honra y corona para el mártir. Y como el Señor es tan celoso de su honra y tan amigo de nuestro bien, no es maravilla que permita estas peleas, de las cuales él ha de ser tan glorificado, y los hombres tan aprovechados; porque, como gravemente dijo Séneca, los hombres gustan de ver lidiar á otro hombre con un toro ó con otra fiera, y Dios

(1) Libro II.

(como esperamos) en esta persecucion de Inglaterra, si no desconfiamos, si tenemos fuerte, y (oh padres y hermanos amantísimos en Jesucristo) esforzados con su divino espíritu y promesa, peleamos valerosamente. Y en esto no hay que poner duda, porque el mismo Señor nos lo ha prometido y la experiencia nos lo enseña, y lo que fué será, y nuestros mismos perseguidores con sus edictos lo confirman, y nos dan á entender que temen y que yavan de vencida, y que con toda su artificiosa crueldad y industria no han podido espantar á nuestros esforzados soldados, ántes que han entrado en mayor número en Inglaterra en pocos meses que habian entrado en muchos años atras. Pues si nuestros enemigos temen y tiemblan, ¿qué tenemos nosotros que temer, ó por qué no debemos confiar en aquel gloriosísimo Capitan General y Señor nuestro, que nos dice: *In mundo presuram habetis, sed confidite, quia ego vici mundum?* Éste es el que ha vencido en su Iglesia á los tiranos, á los reyes y emperadores y monarcas del mundo. Éste es el que ha derribado á los piés de su esposa á los herejes y á los dogmatizadores y maestros infernales, que la querian afejar y inficionar. Éste es el que pelea ahora con nosotros y por nosotros; y teniéndole al lado, ¿podemos temer? *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* No se puede dudar de la victoria con tal guía, con tal escudo, con tal valedor. De nuestra parte pelea la verdad contra la mentira, la fe contra la infidelidad, la religion contra la impiedad, la justicia contra la injusticia, la paciencia contra la crueldad, la Iglesia de Dios contra la sinagoga de Satanás. Por nosotros está el Evangelio de Jesucristo, fundado en su cruz, regado con la sangre de tantos y tan gloriosos mártires, confirmado con innumerables milagros, declarado por tantos y tan santos y sabios doctores, y obedecido y reverenciado sin interrupcion, por espacio de mil y seiscientos años, de todo el mundo. Santo en la doctrina que enseña, fuerte y eficaz para trocar y convertir las ánimas, uno en todos lugares, tiempos, naciones, las cuales, con ser tantas y tan distantes, están con el vínculo y fudo deste evangelio atadas entre sí y unidas á su cabeza visible, que es el Pontífice romano, esclarecido con la lumbre de la profecía, honrador de los que le abrazan y obedecen, y castigador y destruidor y triunfador de todos sus enemigos. Por nosotros están el poder del Padre, la sabiduría del Hijo y la bondad y favor del Espíritu Santo, y todas aquellas bienaventuradas jerarquías de ángeles y escuadrones de santos que hay en el cielo, y particularmente de los que en Inglaterra vivieron ó murieron por esta misma fe que ahora nosotros defendemos contra el evangelio de Calvino, que se plantó con incesto (como habemos dicho), y se riega con sangre, no de los que le predicaban, sino de los que le impugnan, y se sustenta con tiranía y bárbara crueldad.

de verle lidiar con un duro tormento ó con una grande adversidad. Y no solamente resplandece la gloria de Dios en esta obra, por ser Él glorificado en ella del hombre, el cual (como muy bien dice el padre fray Luis de Granada) con su muerte testifica que es tan alta la majestad y bondad de Dios, que quiere padecer todos los tormentos que la furia de los otros hombres y de los demonios pudieren inventar, ántes que decir ó hacer cosa contra su santa ley; mas tambien porque en ella se manifiesta en gran manera el poder invencible de la gracia del mismo Dios, y esto en dos maneras: la una alentando y esforzando la flaqueza del que padece, y dándole victoria de sus mismas penas, y la otra, haciendo que la santa Iglesia, derramando sangre, triunfe y haga burla de todos los tiranos y poderosos principes, sus enemigos. Consideremos por una parte las armas con que pelea el demonio contra estos bienaventurados mártires que hoy mueren en Inglaterra por nuestra santa y católica religion, y por otra el esfuerzo y valor con que ellos resisten y vencen, y entenderemos fácilmente cuánta y cuán admirable sea la fuerza de la divina gracia. Contra ellos pelean los demonios y los hombres, ministros de los mismos demonios; pelean la hambre, la sed, la desnudez, la afrenta, los regalos, las esperanzas, los temores y promesas vanas; pelean los tormentos de la cárcel, de las cadenas, del potro, de la rueda, del fuego, de la horca y del cuchillo, y de la misma muerte, y no cualquiera, sino atroz y cruelísima; pelea la flaqueza de nuestra carne y la complexion del hombre, que es la más sensible y delicada de todas, y el amor propio, con todas las fuerzas de nuestra naturaleza. Y con ser tantos y tan poderosos los enemigos, y tantas y tan fuertes y cicaladas las armas con que pelean, es tan grande el poder de la divina gracia, que esfuerza á nuestros mártires, á hombres y á mujeres, á niños y doncellas, y les da gran valor y ánimo para resistir y vencer, y esto con tanta fortaleza, paciencia y alegría, que confunden á sus jueces, y cansan á los verdugos y asombran á los herejes, y esfuerzan á los católicos, y dan materia de gozo á los ángeles del cielo. Y no solamente á los que están en la misma Inglaterra, y no pueden escapar, da este ánimo y esfuerzo el Señor; pero á los mozos y sacerdotes que viven en los seminarios y están fuera de aquel reino y de peligro, los enciende con tan ardientes llamas de su amor, que mueren de deseo de morir y de volver á Inglaterra para entrar á pelear contra tantos y tan fuertes enemigos como en esta historia queda escrito; y áun otros muchos hay que no son ingleses, ni viven en Inglaterra, sino fuera della, con toda paz y quietud, los cuales, movidos y animados con el ejemplo de tantos y tan gloriosos mártires de Inglaterra, desean ir á ella por acompañarlos en sus suplicios y derramar su sangre por el Señor. A este propósito, y para confirmacion de todo lo que arriba habemos dicho, quiero referir aquí lo que César Baronio, escritor de la *Historia eclesiástica* diligen-

tísimo, dice, hablando de santo Tomas Cantuariense (1).

«Merecido ha (dice) ver nuestro siglo, por esta parte felicísimo, muchos Tomases, santísimos sacerdotes, y otros varones nobilísimos de Inglaterra, coronados (para decirlo así) con más ilustre corona de martirio que no fué santo Tomas, y acrecentados con dos títulos de mártires, pues no sólo han muerto, como santo Tomas, por la libertad eclesiástica, sino tambien por conservar, defender y restituir la fe católica, han dado gloriosamente sus vidas. Entre ellos son los que la santa Compañía de Jesus, en el aprisco de sus colegios, con el pasto de su santa doctrina, ha apacentado y engordado, para que, como corderos inocentes, por el martirio se ofrezcan hostias vivientes al Señor. Tambien son destos los que los seminarios de Roma y de Rems, que son como dos torres fuertes y como dos castillos roqueros de nuestra santa fe, edificados contra Aquilon, han enviado á Inglaterra para que triunfen y sean coronados. Ea, pues, ¡oh juventud inglesa, de ánimo excelente, animate! ¡Oh mozos valerosos y constantes, corred con esfuerzo y alegría, pues habeis asentado debajo de tan gloriosa bandera, y en el juramento que habeis hecho de fidelidad habeis juntamente prometido derramar vuestra sangre!

» Por cierto que cuando os miro y os veo ir con largo paso al martirio, y casi vestidos de la nobilísima ropa de púrpura de vuestra sangre, querria seguiros y digo: Muera mi ánima la muerte de los justos, y mis postrimerías sean como las destos gloriosos caballeros.»

Todo esto dice César Baronio. Y si este esfuerzo que da Dios á los que mueren, y este deseo tan encendido de morir por su amor, que Él comunica á muchos siervos suyos, es grande argumento de valor y poder de su gracia, ¿cuánto mayor y más eficaz prueba deste mismo poder será la victoria que por este mismo medio alcanza la santa Iglesia de todos sus enemigos? Porque no solamente el mártir muriendo vive y cayendo vence, y postrado en el suelo se levanta, y arrastrado y desentrañado es coronado de gloria; pero la santa Iglesia, cuyo soldado es el mártir, vence tambien en él, y por esta muerte triunfa de todos los tiranos y herejes, sus perseguidores, y de los demonios y de todo el poder del infierno. Demas desto, para los mismos católicos de Inglaterra es de grande utilidad esta persecucion, porque con ella se prueban, apuran y afinan, y despegan sus afectos de la tierra, y los trasladan al cielo, y acosados, afligidos y aborrecidos del mundo, y sin tener en qué hacer pié en él ni en qué estribar, cada dia hacen de sí suavísimo sacrificio; y así creo yo que hoy dia hay más santos y más finos católicos en Inglaterra que hubo en el tiempo de su prosperidad temporal; porque la prosperidad comunmente hace á los hombres

(1) En las anotaciones del *Martirologio romano*, á 29 de Diciembre.

flojos, tibios y regalados, y esta grande tribulacion, fervorosos, penitentes y constantes mártires. Y puesto caso que algunos católicos con la persecucion desfallezcan y vuelvan atras, éstos suelen ser los que viven rota y desconcertadamente y están poco firmes en la fe; mas los que no están fundados sobre arena, sino sobre la peña viva, que es Jesucristo, crecen en virtud con la persecucion, como el árbol bien plantado con las heladas y lluvias. Pues para la Iglesia católica ¿de cuánta gloria es esta fortaleza de nuestros mártires? ¿De cuánto aviso, de cuánta edificacion, de cuánto ejemplo? ¿Qué gran gloria es de la santa Iglesia tener por hijos á tan ilustres caballeros, por soldados á tan valerosos guerreros, por defensores á tantos y tan esforzados capitanes? Y que no solamente los haya tenido, sino que hoy dia los tenga y se precie dellos, y el siglo presente no tenga en esta parte envidia á los siglos pasados, y lo que vemos nos haga más creible lo que oímos, y los mártires que hoy padecen en Inglaterra nos quiten la admiracion de los martirios que leemos en las historias sagradas. ¿Qué diré de otro provecho que se saca desta persecucion? Que es un saludable y necesario aviso para todas las provincias y reinos de la Iglesia católica, de cómo se deben haber con los herejes. Porque ¿quién no escarmentará en cabeza ajena, viendo lo que pasa en Inglaterra, y que un reino que ántes florecia en religion, en virtud, en humanidad, en paz y concordia, en libertad y dulce comunicacion y llaneza entre sí, sea al presente una Babilonia por la variedad, contrariedad y confusion de las herejías; una cueva de ladrones, por las injusticias y desafueros que en él se usan; un matadero de siervos de Dios, por la sangre que de ellos se derrama; una guerra y discordia civil, por la que hay entre los católicos y herejes; una servidumbre y miserable cautiverio, por la opresion y tiranía con que está afligido todo el reino, y más particularmente los que son de la antigua y santa y apostólica religion; y que todo este incendio se haya emprendido de una centella infernal de amor ciego de un rey, y crecido de la manera que vemos, por la secta de Calvino, que profesa su hija, si profesa alguna? Pues ¿qué cuidado, qué vigilancia deben tener los reyes y principes y repúblicas católicas, para no dejar saltar este fuego infernal en sus reinos y señoríos, viendo abrasado con él al de Inglaterra? ¿Qué ánimo deben tener los católicos para defender hasta la muerte su fe, viendo cómo son tratados sus hermanos? Y por lo que ven en las casas de sus vecinos, cómo deben estar alerta en la suya, y no fiarse de la blandura aparente y fingidas promesas de los herejes, con las cuales suelen engañar á los católicos (como los han engañado), y despedazarlos y consumirlos, cuando se ven con el mando y el palo. ¿Qué sería hoy del reino de Francia, si el ejemplo de lo que padecen los católicos en Inglaterra no tuviese á los católicos franceses avisados y despiertos? Porque si con ver á ojos vistas lo que ven,

y saber que una mujer que para ser reina juró de conservar en su reino la religion católica, despues la ha destruido, hay algunos que juzgan y persuaden á otros que es bien admitir por rey de Francia al Príncipe de Bearne, siendo calvinista relapso, y tan obstinado, que nunca jamas ha querido ni áun fingir ni hacer juramento de guardar la fe católica (con ser cosa que los mismos calvinistas enseñan que lícitamente se puede hacer para mejor engañar), ántes ha jurado en las córtes de Montalvan que siempre será hereje, y protestado que no mudará religion aunque por ello hubiese de ganar treinta coronas y reinos de Francia. ¿Cuántos más le seguirian y estarian en esta ceguedad y error, si no tuvieran delante este ejemplo tan vivo, tan sangriento y tan significativo de Inglaterra? Todos estos provechos saca el Señor desta persecucion, y no ménos enseñarnos que si queremos que Él nos tenga de su poderosa mano y nos conserve en su santa fe católica, debemos nosotros, con el favor de su gracia, despedir de nuestros corazones todos los pecados, y con mayor cuidado aquellos que abren puerta á la herejía; porque el hombre no suele caer de golpe en un extremo de maldad; blandamente entra el vicio, y poco á poco se va perdiendo la virtud, y cuando el ánima está presa y cautiva, busca y abraza aquella doctrina con que mejor pueda dar color á sus pasiones. Y pues vemos lo que ha acontecido á los otros reinos, no nos debemos descuidar en el nuestro. Y este aviso y recato no es pequeño fruto desta persecucion de Inglaterra, como tampoco lo es el despertarnos y movernos á compasion, y á imitacion de los ingleses católicos, que así padecen por nuestra santa religion, á compasion por verlos tan apretados y afligidos, desterrados de su patria, echados de sus casas, perdidas las haciendas, privados de la honra y libertad, tratados como traidores, atormentados y muertos como sediciosos y rebeldes. Porque, en fin, todos somos hermanos y miembros de un mismo cuerpo místico, que es la santa Iglesia, cuya cabeza es Jesucristo, y en su lugar en la tierra el sumo Pontífice romano. Y siempre entre los cristianos fué obra muy usada y loable el recoger, amparar y socorrer á todos los que padecen por Cristo, como en esta historia queda escrito. Pero en lo que más nos debemos esmerar y lo que con mayor estudio debemos procurar, es imitar los ejemplos destos fuertes soldados, y con la memoria de sus peleas despertar nuestra tibieza y flojedad, y cobrar nuevo esfuerzo y nuevos aceros para resistir á la pena y al dolor, al trabajo y á cualquiera género de adversidad.

¿Quién en su pobreza no se consolará, acordándose cuantos católicos hay hoy en Inglaterra, nobles y ricos, los cuales fueron ahora despojados en sus haciendas y aherrojados en las cárceles, no tienen un andrajo con que cubrir su desnudez, ni un bocado de pan con que sustentarse? ¿Qué enfermo habrá que cuando, por estar más apretado de su dolencia, se congoja y casi pierde la paciencia, no

se aprehenda, pensando el sufrimiento que tienen tantos sacerdotes y mujeres delicadas en sus horribles tormentos? Y cuando el trabajo nos cansa y el ayuno nos desmaya, y las otras miserias desta vida nos afligen, será de grande alivio el traer á la memoria la vida que pasan los católicos en Inglaterra, y sacar fruto desta su persecucion, la cual permite el Señor para su mayor gloria (como dijimos) y mayor bien nuestro, para confirmar nuestra fe, avivar nuestra esperanza, encender nuestra caridad, darnos á entender el poder de su divina gracia, esforzar nuestra paciencia, despertar nuestra devoción, condenar el regalo de nuestra carne, avergonzar nuestra flojedad, y finalmente, confundir nuestra negligencia, viendo lo que el hombre podría con el favor de Dios, que á nadie le niega, y lo poco que hace para alcanzar la bienaventuranza.

No se acaban aqui los frutos admirables que podemos sacar todos los católicos desta persecucion de Inglaterra; otros hay tambien que pertenecen á los mismos herejes, nuestros perseguidores, de los cuales se sirve el Señor como de alguaciles, fiscales y verdugos de su divina justicia, y les da el mando y la vara por el tiempo que es servido, para que, con la medida y tasa que les permite, ejerciten la paciencia de sus fieles y consuman la escoria de sus culpas, y afinen la virtud y acrecienten sus merecimientos y coronas. Dales Dios esta, como ellos llaman, felicidad (aunque no es sino castigo) para convidarlos y atraerlos con ella al conocimiento de la verdad y á su amor; y si no se convirtieren, para pagarles en esta vida alguna buena obra que ha-

rán, pues en la otra les queda una eternidad en que padecer tanto más terribles tormentos, cuanto mayores habrán sido sus pecados, y la paciencia y longanimidad del Señor más larga en sufrirlos y esperarlos; que propio es de su divina Majestad recompensar la tardanza con la graveza de la pena, y alzar y detener el brazo para herir con mayor fuerza, y proceder con pasos lentos y espaciosos al castigo, para enseñarnos á nosotros (como dice Plutarco) la paciencia, y á no querer luego vengar nuestros agravios é injurias, y para dar tiempo al malo que se arrepienta, y no ménos para que no se pierda el fruto que ha de nacer dél; que muchas veces de un Achab, rey impío y cruel, nace un Ezequías, rey santo y perfecto, y un san Pedro mártir de padres herejes, como la rosa de las espinas. En lo cual todo se ve la inefable misericordia é inmensa bondad del Señor (1), que de los mayores males del mundo saca mayores bienes, y permite que haya tiranos para que no falten mártires, y que los hombres perversos tengan la vara y ejerciten su crueldad contra los cuerpos de los buenos, para que ellos manifiesten mejor la paciencia y virtud de sus almas, como permite que la santa Iglesia católica sea perseguida, atribulada y afligida, para que, pasando por el crisol, sea más pura, más santa y más perfecta, y se entienda que aunque alguna vez se eclipsa, como la luna y se oscurece, nunca (como dice san Ambrosio) desfallece ni se menoscaba su virtud (2).

(1) Aug., lib. xviii, *Civit. Dei*.

(2) Ambr., *Exameron.*, in opere quartæ diei.

AL PIADOSO LECTOR.

Para que mejor se entienda la crueldad de los herejes deste tiempo del reino de Inglaterra, y la constancia y fortaleza de nuestros mártires, y la gloria de la Iglesia católica, que tiene tantos y tan valerosos soldados para su defensa, y con ellos tan cierta la victoria, y los mismos santos, que padecieron por Cristo, sean honrados, y edificados y aprovechados con su ejemplo los fieles, quiero poner aquí brevemente una suma de los mártires que han padecido y muerto por nuestra santa religion despues que comenzó á remar Isabel en Inglaterra, y particularmente de sacerdotes y colegiales de los seminarios, que son los que más guerra le hacen y los que con más celo y fervor se ocupan en esta santa conquista; remitiendo al lector que quisiere ver esto más difusamente, al libro que se intitula *Concertacion de la Iglesia católica en Inglaterra*, impreso en Tréveris, el año de 1588, en el cual se escribe que han sido muertos, desterrados y despojados de sus bienes los siguientes:

De los eclesiásticos, un cardenal, tres arzobispos, diez y ocho obispos, un abad, cuatro priores religiosos, cuatro conventos enteros de religiosos; deanes de iglesias catedrales, trece; arcedianos, catorce; canónigos, más de sesenta; sacerdotes, por la mayor parte nobles y de sangre ilustre, quinientos y treinta; muchos hombres de letras, y entre ellos quince rectores de colegios; doctores en teología, cuarenta y nueve; licenciados en teología, doce; doctores en leyes, diez y ocho; doctores en medicina, nueve; maestros de escuela y música, once.

De los seglares, la serenísima Maria Estuarda, reina de Escocia; condes, ocho; barones, diez; caballeros principales, veinte y seis; nobles, mas de trescientos y cincuenta y seis; y de la gente comun, un grandísimo número.

Mujeres, más de ciento y diez, entre las cuales fué una Ana Somerseta, condesa de Nortumbria, y otras muchas señoras y mujeres principales, como en el dicho libro se puede ver.

Mas porque, como dije, contra los sacerdotes de los seminarios se embravecen más los herejes de Inglaterra y contra ellos ejecutan su furor, quiero poner aquí distintamente el número y los nombres de los que dellos han muerto por nuestra santa religion, y el año en que murieron, para que de aquí saquemos el fruto que por los trabajos de los que agora viven, y por los merecimientos é intercesion de los que ya murieron por el Señor, podemos esperar de su inmensa bondad.

BREVE RELACION DE LOS MÁRTIRES QUE HAN SALIDO DE LOS COLEGIOS Y SEMINARIOS DE INGLESES QUE HAY EN ROMA Y EN REMS DE FRANCIA, Y PADECIDO EN INGLATERRA POR DEFENSA DE LA FE CATÓLICA.

Año del Señor de 1577.—Cutberto Maino, sacerdote y licenciado en teología, fué el primer mártir de todos los seminarios ingleses; hombre docto y muy santo. Fué ahorcado y hecho cuartos por haberse hallado en su aposento un *agnus Dei* y un traslado impreso del jubileo universal del año de 1575.

Año del Señor de 1578.—Juan Nelsono, sacerdote, padeció el mismo martirio por la constancia que tuvo en afirmar que la Reina, siguiendo la doctrina de Calvino, era hereje.

Tomas Shervodo, mancebo estudiante, fué martirizado en Lóndres por la misma constancia.

Año del Señor de 1581.—Edmundo Campiano, sacerdote de la Compañía de Jesus, licenciado en teología, famoso predicador y grande letrado, fué preso á traicion, estando predicando en casa de un caballero principal. Diéronle tres veces tormento, y al fin le sentenciaron á muerte, con once compañeros sacerdotes, la cual aceptó con mucha alegría. Y ejecutóse la sentencia en Lóndres, á 1.º de Diciembre.

Rodulfo Cervino, sacerdote del seminario inglés de Roma, y el primer mártir de aquel colegio, hombre docto y de grande espíritu y celo, fué preso tambien estando predicando en casa de un caballero. Murió juntamente con el padre Campiano.

Alejandro Brianto, sacerdote, fué martirizado por haberle hallado en Lóndres, en el aposento donde vivia el padre Personio, de la Compañía de Jesus, y por no querer descubrir adónde estaba el dicho padre, le dieron tres veces tormento, y en el postrero, que fué el más riguroso de todos, con un voto que hizo á nuestro Señor, de entrar en la religion de la Compañía de Jesus, no sintió algun dolor, como él lo testificó en una carta suya, que anda impresa. Fué martirizado en el mismo dia y lugar, con los dos pasados.

Everardo Hanse, sacerdote, fué martirizado este año, porque iba contra una nueva ley de la Rei-

P. B.

na, en que se mandaba que ninguno persuadiese á otro que fuese católico.

Año del Señor de 1582.—Juan Paino, sacerdote, fué martirizado á título de que queria matar á la Reina, usando los herejes desta invencion para hacer odioso el nombre de los sacerdotes.

Tomas Cotamo, sacerdote de la Compañía de Jesus, por cumplir su palabra, se presentó y confesó que era sacerdote, aunque sabia de cierto, conforme al rigor de la persecucion, que habia de morir por ello; y así, le martirizaron.

Tomas Fordo, sacerdote, licenciado en teología, fué preso juntamente con el padre Campiano, y martirizado con muchos compañeros, levantándoles los herejes que se habian unido con el Papa y el Rey de España, contra la Reina de Inglaterra.

Roberto Jonfen, Ricardo Queremano, Guilielmo Filbeo, Diego Tompson, Lorenzo Jonsono, Juan Shirto, Guillermo Lacio, Lucas Quirbeo, todos sacerdotes, murieron por lo mismo.

Año del Señor de 1583.—Guillermo Harto, Guillermo Chupelen, sacerdotes, Ricardo Thirgildo y Juan Bodi y Juan Slado, estudiantes, fueron martirizados por lo mismo, y por haber defendido que el Papa era cabeza de la Iglesia en Inglaterra, y no la Reina.

Año del Señor de 1584.—Jorge Adocke, Juan Mundino, Diego Fen, Tomas Emerfordo, Juan Nuterio, Tomaso Cotesmoro, Roberto Holmes, Rugero Waquéman, Diego Lumax, sacerdotes, fueron condenados en diversos tribunales, y justiciados por la misma confesion de la fe.

Año del Señor de 1585.—Tomas Cruder, Hugo Talere, Duarte Poli, Laurencio Vaux, sacerdotes, padecieron por lo mismo, despreciando la vida y favor que á todos les ofrecia la Reina si dejasen la religion católica, como á muchos de los demas ha ofrecido.

Año del Señor de 1586.—Eduardo Transamo, Nicolas Wodfen, Ricardo Sargeant, Guillermo Tomp-